

## CASTILLA Y PORTUGAL EN LA SIERRA DE ARACENA (\*)

POR FLORENTINO PÉREZ-EMBIID

*Al elegirme para formar parte de ella, la Real Academia Sevillana de Buenas Letras no sólo me regala un honor, sino que me proporciona una alegría a la vez íntima y profunda. Según van pasando los años, queda cada vez más claro en el fondo del alma que las cosas que de verdad le importan al hombre son las que le devuelven a su ámbito moral y físico genuino. Por encima de éxitos o fracasos cosechados en climas ajenos, nada es tan esperanzador, tan estimulante, tan lleno de vida, como reencontrarse en la tierra propia, entre los amigos de siempre, ante las tareas intelectuales o sociales que nos encendieron afanes o ilusiones en plena juventud.*

*Por eso, esta Corporación —que lleva en su sello, a justo título, el mote de "Minerva Baetica"— despierta hoy y siempre en mi espíritu resonancias de radio incalculable, en orden a la responsabilidad intelectual. Es —como su propio nombre pregona— un símbolo de nuestras mejores tradiciones humanísticas. No puede ser para nosotros un dato que Sevilla fuese en los siglos centrales de la historia de España la primera metrópoli de nuestro país. Sevilla tiene lugar propio en la evolución de la poesía y del arte españoles. Fue Sevilla capital del humanismo hispánico, y un digno ámbito para las luces de la Ilustración. Hasta el siglo XX ha llegado operativa entre nosotros la inquietud creadora de los saberes liberales, y la tradición bibliográfica que Hernando Colón iniciara. Por añadidura, en estos años recientes asistimos a un claro renacimiento de la literatura sevillana de creación.*

*En el campo de la Historia —que es la parcela de las Buenas Letras a la que yo estoy adscrito por oficio— los últimos decenios nos han traído síntesis científicas certeras acerca de nuestra Protohistoria, de nuestra vida bajomedieval ur-*

---

(\*) Discurso de ingreso en la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, pronunciado el 21 de mayo de 1974, y Contestación, por el Exmo. Sr. D. Sebastián García Díaz.

*vana y económica, de nuestra arquitectura barroca, y de la Sevilla ilustrada dieciochesca. Amigos hispanistas nos han reconstruido —con rigor y ambición— la empresa cultural isidoriana y la historia cuantitativa del comercio sevillano con América. Ciertamente es una vergüenza que no sepamos aún de modo amplio y preciso qué pensaban los sectores intelectuales dirigentes de la Sevilla del Renacimiento y del Barroco. Otros muchos temas grandes —la Sevilla romana y la califal, la dulce y quebradiza Sevilla de Mutámid— esperan el trabajo nuestro y de nuestros continuadores.*

*En la empresa común de hacer cada día más vibrante el ambiente cultural que acabo de esbozar, hay sitio para la tarea concorde de muchas instituciones. En primer lugar, para la Universidad. Para la Escuela de Estudios Hispanoamericanos. Para el Instituto de Estudios Sevillanos. Para el Ateneo de Sevilla, y los demás centros culturales o científicos, tanto oficiales como privados. Para todas las colaboraciones. También para esta Academia, que lleva dos siglos manteniendo en alto la antorcha de las Buenas Letras, y que cada día intensifica con nuevas iniciativas un ambicioso programa de labor, que ahora se refleja en las páginas de nuestro renacido "Boletín".*

\* \* \*

*Al incorporarme a ella activamente sucedo a un gran caballero, a un admirable y querido amigo. La alta y noble figura de D. Francisco Blázquez Bores nos era a todos tan familiar que se diría sigue físicamente entre nosotros, por haber vencido una vez más a la muerte a la que él había sabido derrotar en cien combates. Es ésta, en definitiva, la suprema excelencia de una profesión como la del médico, tan áspera en muchas otras ocasiones.*

*Desde su tierra antequerana, a la que tanto amó, el doctor Blázquez Bores se afincó en Sevilla, apenas terminados sus estudios en la Facultad de Madrid. En nuestra ciudad fue Presidente del Ateneo, Director del Hospital General, Presidente del Colegio Médico, Académico de número y Secretario de la Real de Medicina, así como ocupó otros muchos puestos*

*de dirección y de trabajo, entre los cuales los más próximos a nosotros en este momento son los de Preeminente, Secretario y Vicedirector de nuestra Corporación, en la que su último discurso público es justamente el de contestación al profesor Sebastián García Díaz, que hoy me proporciona el orgullo de ser quien me contesta a mí. La condición de médico militar llevó al Dr. Blázquez Bores a prestar servicios eminentes en la guerra española, al igual que antes los había prestado en Marruecos. En todos esos hechos ganó condecoraciones muy apreciadas, entre las que destaca la Gran Cruz de Sanidad. Numerosos fueron asimismo sus discursos académicos, sus conferencias profesionales y culturales, sus publicaciones médicas. En su dedicación a las Buenas Letras llenan capítulo especial los trabajos dedicados a la historia, al arte y a las tradiciones de Antequera.*

*Por encima de tantos méritos, los valores más característicos y más entrañables de mi antecesor en la Academia son los de sus virtudes morales. La caballerosidad, la fe recia y viril, el bondadoso talante, la firmeza ante el deber, el espíritu de trabajo, la generosidad ejercida siempre con sus bienes y con su tiempo.*

*Me place a mí sobre todo evocar la cariñosa amistad que al final de sus vidas le unió con mi madre y con mi hermano, de la cual se derivó —como en tantas otras fortunas mías— el afecto que luego me dispensó a mí. El Señor les habrá reunido a los tres, sin duda, en la felicidad eterna.*

\* \* \*

*Vengamos, pues, ya derechamente a acatar la ley de la ocasión.*

*Como disertación inaugural, paso a ofrecerles las primicias de una investigación histórica que atañe en común a Sevilla y a mi nativa sierra de Aracena. Inicié este trabajo hace treinta y tres años, cuando el Laboratorio de Arte de nuestra Universidad becó a aquel flamante Licenciado en Letras con una pensión para estudios en Portugal. De aquel viaje salió mi primer libro. Al evocar el lejano episodio juvenil, no me de-*

jaré llevar por la pendiente fácil de las melancolías. Desde entonces han esperado su momento entre mis notas las que en estos meses últimos me han permitido redactar por fin aquel estudio, varias veces anunciado, y que empecé —como tantos otros aprendices— movido por la ingenua emoción de encontrar el nombre de mi pueblo en el índice de los archivos de otro país.

Pero el significado de los estudios de historia local no es siempre irrelevante. Palpita en ellos con frecuencia —y este es el caso presente, según creo— una simbólica ejemplaridad.

En nuestro tiempo la sociedad de consumo es la forma de vida de Occidente. Sus ventajas materiales son también el anhelo de los países socialistas, y aún la meta lejana —pero ambicionada— del tercer mundo.

La Península Ibérica, no con más retraso respecto a Europa que en pasadas épocas, ha entrado por fin en la carrera del desarrollo socioeconómico, de la civilización industrial. Y en el mosaico de la piel de toro, frente a comarcas de alto nivel, hay zonas evidentemente deprimidas, distantes aún de las medias nacionales del nivel de vida. Ninguna tanto como los bordes lusitano y español de esa larga herida —la frontera— que cruza de alto en bajo la piel de nuestros pueblos. ¿Acaso tal hecho básico será ajeno a un resultado tan espectacular? La incomunicación que el muro fronterizo ha traído a los espacios geográficos inmediatos produce en ellos un ahogo que explica su actual situación.

Una de esas zonas es la Sierra de Aracena. Parecerá tópico decir que un aire cargado de aromas silvestres envuelve en ella los pueblos blancos. O que un telúrico silencio se abate majestuoso sobre las montuosas soledades. Dentro de algunos decenios podrá verse qué proporción de dificultades y de bienes hay en ese alejamiento que es la realidad de hoy. Porque —cada día más— son tierras que empiezan a aparecer como intactos paraísos para las gentes hipertensas de las grandes ciudades.

## I. ANDALUCIA Y SIERRA MORENA

Desde el punto de vista geográfico —independientemente de su antigua parcelación política y de su contemporánea imprecisión socioeconómica— Andalucía es fundamentalmente el valle del Guadalquivir<sup>1</sup>. Al N., está Sierra Morena. Al S., las crestas que van desde Gibraltar y la serranía de Ronda, por Antequera y Cazorla, hasta Alcaraz. Delante, al S. W., el Atlántico.

Entre el Guadalquivir y el Guadiana<sup>2</sup>, los terrenos primarios del reborde sur de la Meseta —que figuran entre los más antiguos de la Península— se alinean de N. W. a S. E., en largas bandas de rocas de diferente dureza. La erosión ha unificado hasta cierto punto estos paisajes en una penillanura suavemente inclinada hacia el viejo Betis, a unos 700 metros de altitud. Pero en ella se conservan alineaciones serranas dirigidas en tal dirección, lo cual queda patente en el propio curso de los ríos. Unos afluyen por la derecha al Guadalquivir y otros cruzan camino del Guadiana las planicies sureñas de Badajoz —como el Ardila— o los abruptos barrancos que enmarcan las sierras de Aroche y de Aracena, entre las cuales crean a trechos algunos valles de una fertilidad y una belleza forestal impresionantes.

Semejante topografía parece abrir camino para que a estas comarcas del Occidente de Andalucía se llegue con más facilidad desde el Alentejo que desde el reino de Toledo.

---

1. Cfr. *Guadalquivir. Memoria de la Confederación Hidrográfica del Guadalquivir (años 1939-1963)*, San Sebastián, 1964, especialmente págs. 21-134. Y también BRAIN, M.-LHENAFF, R. y VANNEY, J. R.: *Le bas Guadalquivir. Introduction géographique*, Casa de Velázquez, París, 1971.

2. SERMET, JEAN: *La España del Sur*, Barcelona, Juventud, 1956, 305-6.

Dicha orientación condiciona, como es sabido, el trazado de las vías antiguas de tráfico. Tal es el caso de las tres calzadas romanas —entre las que destaca la de Hispalis o Itálica hacia León, por Emérita Augusta—, o las medievales de la Mesta, o las de hoy, como la llamada con fundamento histórico «camino de la Plata». Siempre condicionadas por la geografía y protegidas por estratégicos castillos<sup>3</sup>. Aún en la actualidad la carretera directa entre Sevilla y Lisboa cruza la serranía por Aracena y Rosal de la Frontera, así como la más transitada —por de más fácil trazado— pasa de Sevilla a Badajoz por el puerto de las Marismas, al pie de la sierra de Tentudía.

Queda así de manifiesto la principal característica de estas comarcas serranas: la de ser tierra intermedia, de transición. Geológica y topográficamente, son Sierra Morena. Desde el punto de vista más amplio de la geografía, sobre todo humana, son una región con características peculiares en el complejo cuadro de la más estricta Andalucía.

Sierra Morena, en efecto, se desarrolla como un largo triángulo isósceles que arranca del nudo de Alcaraz y continúa en la áspera depresión por la que cruza perpendicularmente la carretera de Madrid a Cádiz, por Despeñaperros y Santa Elena. Seguidamente se amplía en la que es su zona más ancha, que incluye la sierra de la Alcudia y el valle de los Pedroches hasta el reborde mismo sobre Córdoba. Luego el límite norte de la región desciende en busca de la cuenca minera de Peñarroya, y finalmente continúa por las crestas de Constantina y Cazalla de la Sierra hacia las otras arriba nombradas, que jalonan la linde sur de Badajoz hasta la frontera portuguesa.

En este conjunto de alineaciones serranas es preciso distinguir al menos tres zonas o regiones. La primera es el sector oriental, entre el nudo de Alcaraz y los pasos de Despeñaperros, esto es, desde el origen hasta la depresión que es camino natural desde la Mancha a los olivares andaluces de Bailén. La segunda o zona central es por antonomasia la cordobesa: desde

---

3. TERRÓN ALBARRÁN, MANUEL: *El solar de los Aftásidas*. Badajoz, Centro de Estudios Extremeños, 1971, 255-57.

dicha depresión va hacia el W., por el macizo de Santa María de la Cabeza, y luego por la región minera de Sierra Chimorra y de Peñarroya, que se continúa naturalmente por los términos sevillanos de Constantina y Cazalla, hasta el otro paso natural de la Sierra entre Sevilla y las ricas tierras llanas de Badajoz; estos macizos cordobeses de Sierra Morena son los más abruptos, los menos poblados, y los que más separan la vertiente norte —el valle de Alcudia— de la ladera meridional; son también el emplazamiento de las más famosas fincas de caza mayor existentes en España, lo cual es buen indicio de sus condiciones naturales. La tercera zona es el bastión occidental, y va desde el desfiladero Sevilla-Mérida por el puerto de las Marismas hasta la frontera portuguesa; está constituido fundamentalmente por dos alineaciones comarcales, la Sierra de Aracena y los Picos de Aroche, para al final cambiar ligeramente de rumbo hacia el S. W. y configurar la región del Andévalo.

En conjunto, se trata de una verdadera barrera natural, en la que los caminos importantes de norte a sur están forzados a seguir las rutas que señalan las citadas hendiduras. Cuando la moderna red de comunicaciones se ha empeñado en abrir otras, los resultados han sido más bien mediocres: basten, como ejemplos, las carreteras de Andújar a Puertollano, la de Córdoba a Peñarroya y Extremadura, por la cabeza del Zújar, o la que lleva de Huelva a Zafra, por las Cumbres y Fregenal de la Sierra, rumbo a la fértil Tierra de Barros y a Mérida.

El primer carácter de los que tipifican a Sierra Morena es, pues, ser un obstáculo físico entre Castilla y Andalucía. A él se añaden desde siempre su bronco —espléndido— paisaje natural, de encinares y monte bajo, y su población escasa, no en épocas prehistóricas, pero sí desde la Edad Media, como inmortalizó el Quijote, y se simboliza históricamente en la colonización <sup>4</sup> de Carlos III.

---

4. AGUILAR PIÑAL, FRANCISCO: *La Sevilla de Olavide*, Sevilla, Ayuntamiento, 1966; MAPELLI LÓPEZ, LUIS: *La colonización de Sierra Morena por Carlos III*, Córdoba, 1962; y DEFOURNEAN, MARCELIN: *Pablo de Olavide ou l'Afrancesado (1725-1803)*, París, Presses Universitaires, 1959.

Una región, por tanto, que explica el arduo trazado que hubo de seguir el proceso reconquistador desde la batalla de las Navas de Tolosa (1212), con la que se abrió el portillo principal de la cordillera, hasta la conquista de la capital del Betis (1248), y luego la liberación de la zona occidental de la propia Sierra Morena, es decir, la Sierra de Aracena, donde se darán la mano las vanguardias reconquistadoras de Castilla y de Portugal.

Veamos, pues, sucesivamente el proceso de la reconquista castellana en Andalucía, y el de la portuguesa en el Algarbe y en la Sierra.



## II. LA RECONQUISTA DE ANDALUCIA

Prescindiendo del antecedente que son los intentos, al fin fracasados por prematuros, de Alfonso VII, la entrada definitiva hacia el valle del «gran río» había sido la obra brillante de Alfonso VIII, tras negarse a prorrogar la tregua con los almohades (1211).

Un año después, vencedor en Las Navas, ocupaba definitivamente los castillos —ya andaluces— de Vilches, Ferral y Tolosa, más el de Baños y las ciudades de Baeza y Ubeda, que poco después volverían a manos musulmanas. Y en 1213, a más de la conquista de otras fortalezas en la margen norte o derecha del Guadalquivir, con la ocupación del lugar clave que es Alcaraz, y con la del castillo de Riopal, unas leguas aún al sur, colocaba sus vanguardias más allá del curso fluvial en su arranque mismo. Por haber pasado a la vertiente meridional del valle —aunque fuese más arriba de las fuentes mismas del río— Alfonso VIII había logrado morder la primera presa en plena Andalucía. En 1214 pudo firmar paces con el nuevo miramamolín, Almonstansir.

Mientras tanto, el rey de León disponía el ataque contra Cáceres. Ello evidencia que el empuje de Castilla bajo Alfonso VIII había logrado avanzar hacia el sur más que los otros reinos cristianos, y dibujar una punta de flecha, de la que partirá Fernando III.

En efecto, vista sobre los mapas de la España meridional, la aportación de San Fernando a la Reconquista consistirá en seguir el curso del Guadalquivir, envolviendo por el sur las zonas agrestes y semidespobladas de Sierra Morena.

En la ocupación del valle del Guadalquivir empleó Fernando III veinticinco años, y en tal empresa no sólo se mostró buen guerrero y fiel caballero que expone la vida por sus vasallos, sino que en todo momento luce talla de gran político<sup>5</sup>, y se atiene a una estricta lealtad con sus adversarios los gobernadores y reyezuelos andaluces, cuya legitimidad originaria respeta siempre hasta que las revoluciones locales, al establecer usurpadores de ocasión, le permiten intervenir en ayuda de sus aliados o considerar las zonas controvertidas como tierra *nullius*<sup>6</sup>.

#### *La cabecera del valle del Guadalquivir.*

Inició sus campañas San Fernando en 1224. Primeramente celebró en tierras de Castilla dos curias, una en Muñón y otra en la palentina Carrión, que hicieron patente la unidad moral y política del reino. Contrastaba esto con las incoadas discordias entre los príncipes y ciudades almohades, las cuales permitían al monarca de Castilla proyectar en principio que iba a poder contar con apoyos ocasionales en los musulmanes disidentes.

Aliado con Abdallah ben Muhammad, reyezuelo de Baeza, en una campaña de castigo, si bien no de ocupación, contra las tierras por éste ganadas al principio y perdidas poco después (algara de octubre-1224), Fernando III tomó transitoriamente Quesada y seis castillos más. Era el comienzo. Un hermano del baezano, Abu Zeid de Valencia, vino hasta Moya a besar la mano y reconocerse vasallo del monarca de Castilla. Otro tanto hizo poco después el propio Abdallah de Baeza, que había de ser amigo y fiel aliado hasta la muerte, dos años después.

Unidos Fernando III y el Baezano se arriesgaron (1225) a devastar las comarcas del sur sometidas al miramamolín de Marraqués: Jaén, Alcaudete, Priego, Loja y Alhama. Es decir,

5. GONZÁLEZ, JULIO: *Las conquistas de Fernando III en Andalucía*, «Hispania», Madrid, C.S.I.C., n.º XXV, tomo VI (1946), págs. 515-631; cfr. 515-17.

6. BALLESTEROS, ANTONIO: *San Fernando, conquistador de Andalucía*, en *Centenario de la Conquista de Sevilla*, Madrid, Instituto de España, 1948, págs. 68 y sigs. Cfr. también PÉREZ-EMBI, FLORENTINO: *La marina real castellana en el siglo XIII*, «Anuario de Estudios Medievales», Barcelona, tomo 6 (1969), 142.

las avanzadillas cristianas se atrevían a despegar de la protección de las cumbres montañosas y, desbordándolas, penetraban hacia el mediodía en el espacio geográfico de la depresión intra-bética. A fines del verano fuerzas cristianas fronterizas se unieron asimismo al rey de Baeza en un ataque que llegó hasta Tejada, muy próxima a Sevilla; todas las poblaciones y castillos entre Sevilla y Córdoba se apartaron de la autoridad de Aladel de Marraqués y reconocieron al de Baeza, quien en contrapartida entregó a Fernando III el alcázar de su propia ciudad, que quedó en poder del maestre de Calatrava, y seguidamente el castillo de Baños.

En la campaña del año siguiente (1226), si bien el Baezano resultó asesinado en Almodóvar, se logró ganar sólidamente la comarca de Baeza, entre el Guadalimar y el Guadalquivir, al norte de éste, y también establecer las vanguardias al sur del mismo río principal de Andalucía. Después de cuatro años de hostilidades, la frontera andaluza quedaba en paz, aunque fuera por poco tiempo.

Estalla entonces una vez más la guerra civil entre los musulmanes. El gobernador sevillano Abulola se subleva contra su hermano Aladel de Marraqués, y se proclama en Sevilla miramamolín, siendo reconocido primero y luego depuesto en la capital magrebí de los almohades. Contra el gobernador sevillano se rebeló a su vez Ben Hud de Murcia, que se hace símbolo de la reacción española anti-almohade. Así amenazado, Abulola de Sevilla pide auxilio a Fernando III, quien naturalmente puso condiciones: entrega de diez fortalezas fronterizas, elegidas por él mismo, más facultad de levantar iglesias cristianas en Marraqués, y trato de favor a los cristianos en caso de conversiones. Con ello, un contingente de combatientes castellanos pasó por primera vez a Africa, integrado en la hueste de Abulola.

Ocasión esta propicia para Ben Hud el anti-almohade, a quien se someten Almería, Jaén y Granada, más luego Córdoba y hasta la propia Sevilla. Con signo distinto al del Baezano, Ben Hud de Murcia se hace con la hegemonía del Al-Andalus peninsular, y es cronológicamente la segunda de las figuras

musulmanas con las que se enfrenta Fernando III. El monarca cristiano tiene, pues, no sólo la oportunidad de intervenir lícitamente en auxilio de su aliado el almohade sevillano Abulola, sino también la necesidad de impedir la unidad de Andalucía en manos de su enemigo Ben Hud.

Comienzan a precipitarse los logros decisivos, camino del gran final. Alfonso IX de León ocupa Mérida (invierno-1230), con lo que las vanguardias leonesas alcanzan el foso natural del Guadiana. San Fernando por su parte mantiene durante meses, aunque sin éxito, sitiada a Jaén, hasta que a comienzos del otoño la muerte de su padre, Alfonso IX, le hace rey de Castilla y de León, coronas que ya en adelante no volverían a separarse. Da frutos así la sabia y prudente política de la que había sido clave su madre Doña Berenguela<sup>7</sup>, y en el centro de la península se configura de modo definitivo el poder que ha de liberar el valle del Guadalquivir y que andando el tiempo se unirá con la Corona de Aragón y conquistará toda la España del Sur. Por el momento el flamante rey de León y de Castilla celebró en Sabugal con el monarca lusitano una entrevista (febrero-marzo-1231) a la que no son ajenas las cuestiones fronterizas de mutuo interés.

\* \* \*

El siguiente avance en el sur es la gran obra militar del arzobispo de Toledo D. Rodrigo Jiménez de Rada, quien por donación del rey ocupa, al sur del Guadalquivir, la fortaleza de Quesada y toda la sierra de Cazorla (abril-1231), o sea las tierras del Adelantamiento, que durante siete siglos iban a ser eclesiásticamente la avanzada meridional de la Sede Primada, hasta el burocrático reajuste de las diócesis españolas, antihistóricamente impuesto en el último Concordato. La atalaya de Tiscar<sup>8</sup> pasaba de este modo a ser vigía sobre la de-

---

7. GONZÁLEZ, JULIO: *Alfonso IX*, Madrid, C.S.I.C., 1944, I, 91 y sigs.; BALLESTEROS BERETTA, ANTONIO: *Alfonso X el Sabio*, Barcelona, Salvat, 1961, 6-38; LAFUENTE, MODESTO: *Historia General de España*, Barcelona, Montaner y Simón, 1888, IV, 38 y 51.

8. CARRIAZO, JUAN DE MATA: *La atalaya de Tiscar*, «Bol. Soc. Esp. Excursiones», Madrid, 1926; reeditado *En la frontera de Granada*, Sevilla, 1972.

presión intra-bética y el reino de Granada, y a la vez las armas cristianas obtenían un primer asiento amplio al sur del Guadalquivir, en plena sierra de Cazorla, defendido por ésta y por la sierra de Segura contra eventuales ataques provenientes del espacio meridional de Andalucía, aún infiel, que poco después se constituirá como reino nazarita granadino. La marcha directa hacia Sevilla, a caballo del río, entre las dos alineaciones que jalonan su cauce, apoyándose alternativamente en los sitios fuertes de una u otra banda, había comenzado.

Muerto Abulola en Ceuta (1232), Ben Hud el anti-almohade de Murcia logra someter por entero el valle del Guadalquivir hasta Algeciras y Gibraltar. Inmediatamente comienzan contra este nuevo poder las revueltas movidas por un reyezuelo de Arjona, Mohammad ben Yusuf ben Nasir Alhamar. Por su parte el monarca de León y de Castilla continúa presionando en ambos sectores norteños. En el de Extremadura ocupa Trujillo (enero-1233) y en el del macizo jienense nada menos que Ubeda (julio-1233). «Ben Hud veía desmoronarse su reino en un año: Ubeda para los cristianos, Ceuta para los almohades, Arjona para Alhamar, y Sevilla para un nuevo rebelde que se aliaba con el anterior»<sup>9</sup>; se repuso pronto, pero no tardó en retroceder nuevamente, dentro de su propio campo musulmán. Entonces la presión cristiana volvió a la carga: las Ordenes militares tomaron en la línea extremeña Medellín, Alange, el puerto de Santa Cruz y Magacela (1234-35). Fernando III decidió volver personalmente a Andalucía, y el solo anuncio de ello forzó a Ben Hud a firmar treguas, por las que abandonaba a su suerte algunas fortalezas de Sierra Morena. Con la toma fácil de dos castillos fortísimos, el de Iznatoraf y el de San Esteban, más otros complementarios, a la comarca de Baeza se le unió la de Ubeda, y aquella zona —la que siglos después se llenaría hermosamente de edificios renacentistas— quedó (verano-1235) con solidez en manos de Fernando III.

Toda la mitad oriental de Sierra Morena estaba firmemente reconquistada por Castilla, a la vez que el reino de

---

9. GONZÁLEZ: *Las conquistas*, 576.

León comenzaba a presionar por el norte sobre el sector occidental.

*Avances castellanos en la línea del río.*

Ocupada, pues, toda la cabecera del valle y asegurada su normal comunicación con Toledo, las grandes presas urbanas de los cursos medio y bajo del «gran río» quedaban al alcance de la mano. Fernando III hubiese podido intentar una enérgica cabalgada hasta Sevilla. Prefirió, sin embargo, avanzar con serena si bien inexorable firmeza, al ritmo en que las traiciones internas musulmanas le facilitaban y autorizaban sus conquistas.

Córdoba se escindió y un grupo de sus habitantes, tras llamar a los cristianos de la línea de Andújar, les entregaron el barrio de la Ajarquía<sup>10</sup>. El rey estaba en Castilla, pero sus vasallos de Baeza, Cuenca y otras ciudades, corrieron sin esperar órdenes en ayuda de las vanguardias que a favor de la oportunidad habían roto las treguas. Fernando III acudió sin titubeos. Tras las tensiones de rigor, firmó un pacto con Alhamar de Jaén, enemigo a la vez de Ben Hud —que se había alejado hacia Sevilla— y de los moros de Córdoba. Con ello la antigua capital del Califato, la ciudad de la gran Mezquita, se entregó al rey castellano (día de San Pedro, 29-junio-1236).

Iban doce años de campañas. Le quedaban por delante otros tantos. Con la ocupación de Córdoba, de la que tan inmediata está la Sierra, debió caer en poder del rey toda la zona despoblada de matorrales y encinares que constituye el núcleo central de Sierra Morena<sup>11</sup>. En cualquier caso, quedaban en plena retaguardia el macizo oriental hasta el Jándula y los montes de la Cabeza, al norte de Andújar, es decir, estaban incorporados ya al reino castellano por lo menos la mitad de los espacios serranos del norte andaluz.

La repoblación de Córdoba impuso un parón. Durante él,

---

10. Cfr. SÁNCHEZ ALBORNOZ, CLAUDIO: *La España musulmana*, 3.ª ed., Madrid, Espasa Calpe, 1973, II, 415-22.

11. GONZÁLEZ: *Las conquistas*, 591, nota 111.

Ben Hud de Murcia fue asesinado por su íntimo amigo el gobernador de Almería, y con ello la Andalucía musulmana se configuró en dos mitades, al fin y al cabo menos débiles que la anarquía pura. Sevilla y Ceuta se reintegraron a la obediencia del miramamolín de Marraqués, y el reino de Jaén-Arjona, bajo Alhamar, llegó desde Almería hasta Málaga. Por otra parte Fernando III, sin descuidar los asuntos de la frontera, ni mucho menos los de Córdoba, hubo de dedicar varios años a los asuntos de Castilla: casó en segundas nupcias (1237), y recorrió personalmente las principales ciudades castellanas, en especial Toledo y Burgos. Regresó a Córdoba para instalarse allí todo el año 1240, hasta marzo de 1241. En ese año la campaña cordobesa y las llanuras orientales de Sevilla, desde Setefilla al norte hasta el castillo de Cote al sur, incluyendo Ecija, Marchena y Morón, fueron entregándose mediante pactos a San Fernando (1240).

De la España del Sur habían ido desapareciendo, uno tras otro, todos los reyezuelos musulmanes surgidos al viento propicio de la descomposición del poder almohade o como ramas desgajadas de él: Abdallah de Baeza, Abu Zeid de Valencia, Abulola de Sevilla-Marraqués, Ben Hud el anti-almohade de Murcia. Este reino había pasado a depender, más o menos nominalmente, de Abú-Zacaría de Túnez, y la mitad de Sierra Morena así como la del valle estaban en manos castellanas. Alhamar de Arjona-Jaén quedaba como señor de las zonas meridionales de Al-Andalus, es decir —hablando en términos geográficos— la depresión intra-bética, la Andalucía esteparia de Almería, y la Andalucía del Mediterráneo (Granada y Málaga). Como caudillo de ellas y del sur de Jaén reconoció entonces Alhamar a los almohades (1240), y continuó como walí de esas comarcas en nombre de Arraxid de Marraqués.

\* \* \*

Había sonado para Murcia la hora de la reconquista. Antes de continuar hacia Sevilla, era lógico que Fernando III despejase aquel último problema de retaguardia.

Próximas a expirar las treguas con Alhamar y estando en-



fermo en Burgos, San Fernando encomendó la campaña a su hijo Don Alfonso, futuro Rey Sabio. Tras recibir ya en Toledo una primera embajada murciana, llegó el Infante a Alcaraz y allí firmó con los moros de Murcia un tratado por el que se le rendía el reino (segunda mitad de 1242); sólo unas pocas plazas resistieron algún tiempo. A 2 de agosto, el rey entregaba a la orden de Santiago<sup>12</sup> —en la encrucijada de Murcia, Almería y el valle— un puesto clave, llamado a gran renombre literario, fronterizo y aún paisajístico: la villa y el admirable castillo de Segura.

Había quedado en manos cristianas todo el oriente de la España meridional llamado a ser castellano.

\* \* \*

El siguiente empujón era lógico que fuera contra el núcleo saliente de Jaén, que —dependiente de Granada— permanecía musulmán, entre la sierra de Cazorla y la campiña cordobesa. Jaén era una de las ciudades más grandes de Al-Andalus y quizás la más fuerte. El ejército castellano la sitió a principios de agosto de 1245, y tras pacto con Alhamar, que se reconoció vasallo suyo, Fernando III pudo ocupar la población, previo abandono de sus moradores (marzo-1246).

Sólo quedaba Sevilla. En la ciudad los gobernadores musulmanes se sucedían vertiginosamente en continuos cambios contradictorios, provocadores de una loca danza de la muerte. Por último, el jeque sevillano Abenalohad, inspirador de la unión con el emir de Túnez y de la paz con Castilla, fue muerto también por los suyos. San Fernando había sido su amigo, y los hechos le daban pie una vez más para iniciar en justicia su última gran acción. Jaén pasó a ser puesto de mando para la gran conquista, y en especial allí adoptó las medidas fundacionales de la que había de ser armada real<sup>13</sup>. Dos años y medio más tarde, Sevilla y toda su comarca estaban asimismo liberadas<sup>14</sup> (día de San Clemente, 23-noviem-

12. GONZÁLEZ: *Las conquistas*, 596.

13. PÉREZ-EMBED: *La marina real*, 143.

14. Cfr. SÁNCHEZ ALBORNOZ: *La España musulmana*, II, 427-29.



bre-1248). Los detalles del cerco, de las luchas en el río, y de la entrega de la ciudad, son bien conocidos.

*La reconquista del Occidente serrano, desde Portugal.*

Pero Sevilla, capital almohade de Al-Andalus, capital natural del valle del Betis, y ciudad populosa y de larga historia, no había atraído solamente al ímpetu conquistador de Fernando III de Castilla.

A ella habían aspirado tres reinos. El de León quedó fuera de posibilidades con antelación de un siglo, al pactar con Castilla la división de conquistas en Andalucía (Sahagún, 1158).

Portugal, en cambio, a mediados del siglo XIII, había consolidado su existencia independiente, y parecía llamado por imperativos geográficos —como hemos visto— a llenar el vacío que entre el Guadiana y el Guadalquivir dejaban los moros al huir de las zonas serranas, ante la amenaza de copo creada por los avances de Fernando III desde la cabecera del valle.

1230, rota de Alange, conquista de Mérida y de Badajoz<sup>15</sup>. La presión leonesa está protagonizada por las Ordenes militares, en especial la de Alcántara y después la de Santiago<sup>16</sup>. Todo el sur extremeño y los macizos serranos de Occidente y del Sur van siendo ganados por los caballeros alcantarinos y santiagueses: Montánchez, Trujillo, Mérida, Medellín, Montemolín, Hornachos, Alájar, Mértola y Ayamonte. En la Sierra, con cabeza en el conventual de Calera y en el pico de Tentudía, se establecerá años después una encomienda de Santiago, en la que todas las poblaciones conservan aún el topónimo de León.

En Portugal, desde un siglo antes (1169) Alfonso I había contado con las Ordenes militares para la expansión reconquistadora, pues en esa fecha prometió a los Templarios<sup>17</sup> la tercera parte de cuanto ellos ganasen desde el Tajo hacia

15. GONZÁLEZ: *Alfonso IX*, I, 206, y sigs.

16. GONZÁLEZ, JULIO: *Repartimiento de Sevilla*, Madrid, C.S.I.C., dos tomos, 1951, I, 7-8 y mapa de pág. 40.

17. Donación de Alfonso I a los Templarios, Lafoens, IX-1169. Torre de Tombo, gav. 7, maç. 13, n.º 6. (Ref.<sup>a</sup> apud. HUARTE: *Catálogo*, «B.H.A.», CVIII, pág. 314).

el mediodía. Y Sancho I debió igualmente a las Ordenes sus conquistas en el Alto Alemtejo<sup>18</sup>, dejando la frontera con los moros jalonada por tres puntos capitales: Evora, Montemor-o-Novo y Alcacer do Sal. Una vez más el paralelismo básico en la historia de allende y aquende fronteras queda de manifiesto. Al este de Evora el dominio musulmán penetraba hacia el norte, en el núcleo bien defendido de Jurumenha, Elvas y Badajoz.

Pues bien, la Corona lusitana, por su parte, aprovechó el quebranto musulmán de 1230 (pérdida de Mérida, rebelión de Aben Mafot de Niebla, y muerte de Ben Hud) y, tras ocupar Elvas, se extendió con facilidad por las planas extensiones del Alemtejo y el Algarbe.

Gracias del mismo modo a las Ordenes militares, ahora pasaron a la soberanía de Sancho II las principales pueblas del sur lusitano<sup>19</sup> a ambos lados del río Guadiana (Aljustrel, 1234; Mértola, Alájar y Ayamonte, 1238; Tavira y Cacella, 1239). Todas ellas eran entregadas siempre poco después a las Ordenes, y concretamente a la de Santiago de la Espada los territorios más al sur<sup>20</sup>, primero Mértola y Alájar (1239) y luego Ayamonte (1240), cuyos términos incluían Gibraleón y Huelva y llegaban hasta el Odiel<sup>21</sup>.

Pero, ya en marcha, los portugueses habían atravesado asimismo el Guadiana a la altura de Sierra Morena —por la famosa vía romana XXI, luego ruta musulmana<sup>22</sup>—, y se habían lanzado por los valles occidentales de la Sierra, hacia las campiñas en las que Sevilla era la presa de primera magnitud. Así las vanguardias de la Orden del Hospital, dirigidas por Afonso Pérez Farinha, ocuparon (1230-33) Moura y Serpa, y

18. HERCULANO, ALEXANDRE: *Historia de Portugal*, 3.ª ed., Lisboa. Imprensa Nacional. 1863-68, II, 281.

19. HERCULANO: *Historia de Portugal*, II, 337 y 363-65. BRANDAO, FRAY ANTONIO: *Monarchia Lusitana*, Lisboa, 1632, IV, lib. XIV, caps. 15 y 18-20.

20. GONZÁLEZ: *Repartimiento de Sevilla*, I, 85-86; HERCULANO: *Historia de Portugal*, II, nota XXIII.

21. El documento de donación de Ayamonte, hecho por Sancho II a la Orden de Santiago (1240), en *Monarchia Lusitana*, IV, fol. 275 v.º y en AMADOR DE LOS RÍOS, RODRIGO: *Huelva*, Barcelona, 1891, ap. II. BRANDAO: *Monarchia Lusitana*, IV, lib. XV, cap. XI, fols. 190-2, deduce de esta y otras razones que la Corona de Portugal no tenía limitada ni originariamente ni por pactos previos su zona de expansión por tierras musulmanas peninsulares.

22. TERRÓN ALBARRÁN: *El solar de los Aftásidas*, 359 y mapa junto a pág. 352.

se ha dicho<sup>23</sup> que también Aroche y Aracena, en las que reconocieron el señorío del rey portugués, Sancho II. El famoso caballero citado sería más tarde prior de la Orden en Portugal, y un eficaz guardián de la frontera contra los moros, desde su residencia habitual en Moura<sup>24</sup>.

Sin embargo, no está concluyentemente probado que la Reconquista de las dos plazas hoy españolas de esta comarca —Aroche y Aracena— se realizase en esta época tan temprana de 1230-33, bajo el reinado de Sancho II de Portugal, como parece más probable que ocurriese con la zona hoy portuguesa de Moura y Serpa. No ha aparecido aún documentación fehaciente sobre ello. Por otra parte, los testimonios sobre ocupación de aquéllas bajo Alfonso III, que más adelante se registrarán, permiten pensar en que dicho extremo de la punta de flecha lusitana de Sierra Morena no fue ocupado materialmente por las vanguardias portuguesas sino después del vacío de poder provocado por la caída de Sevilla. Es un detalle erudito que ha de quedar pendiente de mejor fortuna para investigaciones posteriores. Por el momento, me parece improbable.

Tales avances de Portugal más acá del Guadiana tenían que ser mal vistos por Fernando III, que sin embargo poco podía hacer por el momento para oponerse a ellos con eficacia. Poco después quedarían a su favor, cuando Sancho II fue depuesto por el Papa a causa de su rivalidad con el poder eclesiástico (1245) y tuvo que recurrir a auxilios de Castilla.

Fernando III estaba en aquel momento retenido por sus responsabilidades bélicas personales. Fue por eso el infante D. Alfonso el encargado de apoyar con una hueste al depuesto

---

23. HERCULANO: *Historia de Portugal*, II, 326-27 y nota XXII, y GONZÁLEZ: *Repartimiento de Sevilla*, I, 85.

En cuanto a Aracena, hito el más avanzado de la penetración lusitana, parece haber sido una de las «villas» fundadas en época romana como bases de explotación agrícola; es frecuente que los topónimos de éstas terminen en los sufijos —«ena», «ina», o «ana»— (cfr. GONZÁLEZ: *Repartimiento de Sevilla*, I, 401 y 387); hasta ahora no hay la menor confirmación arqueológica de esta hipótesis. En el siglo XI, en el momento de la invasión almorávide, el lugar aparece como existente en los cuatro mapas de España de MENÉNDEZ PIDAL, RAMÓN: *La España del Cid*, Madrid, Plutarco, 1929, carpeta aneja al tomo II; ignoro con qué fundamento, pues el topónimo no está registrado ni en el texto ni en los índices.

24. RIBEIRO, ANGELO: *Elvas, Mertola, Tavira*, en PERES DAMIÃO: *Historia de Portugal*, Barcelos, Portucalense Editora, 1929-31, II, 223.

monarca portugués, empresa que el futuro Rey Sabio inició (1246) por el sector de Cima-Coa<sup>25</sup> (entre este río y el Duero), si bien hubo de suspenderla muy poco después sin acciones efectivas, y regresó a Toledo en compañía del vencido rey portugués Sancho II. Se ha dicho<sup>26</sup> que entonces consiguió el futuro Alfonso X la cesión de todas las tierras al E. del Guadiana, es decir, que la frontera quedase en el cauce del citado río desde el norte de Moura hasta el mar, razón por la cual —quedar aquellas plazas en el señorío de D. Alfonso— él comenzó a usar el título de «rey del Algarbe».

Mientras tanto, los moros insumisos de las zonas sevillano-extremeñas de Sierra Morena, tanto en la ladera norte como en la meridional, quedaban muy comprometidos. Estaban de hecho casi cercados, entre la zona liberada por los portugueses y cedida a Castilla —o sea el oeste de la Sierra, el Andévalo y la costa onubense— de un lado, y del otro el avance de Fernando III por el Guadalquivir. Optaron, pues, aquellos musulmanes de Reina y de Constantina por someterse a San Fernando, quien —con su constante política de flexibilidad en lo accidental— les prometió quedarían con sus propiedades y leyes, entregando en cambio las fortalezas y los tributos señoriales. El castillo de Reina —localidad que más adelante será cabeza del famoso arcedianato<sup>27</sup> de la iglesia de Sevilla— fue concedido entonces (1246) al maestre de la Orden de Santiago<sup>28</sup>, y poco más tarde Fernando III desde el real sobre Sevilla (27-enero-1248) ratificaba<sup>29</sup> a la misma Orden las anteriores concesiones portuguesas de Mértola y Ayamonte, condicionalmente, para el caso de que tales castillos fuesen más tarde considerados como parte de la conquista correspondiente

25. HERCLANO: *Historia de Portugal*, II, 419, y III, 16-17. RIBEIRO: *A revolução do Bolonhês*, en PERES: *Historia de Portugal*, II, 248-49. BRANDÃO: *Monarchia Lusitana*, IV, libro XIV, cap. XXVIII.

26. MONDÉJAR, MARQUÉS DE (GASPAR IBÁÑEZ DE SEGOVIA): *Memorias históricas del Rei D. Alonso el Sabio*, 1.ª ed., Madrid, Ibarra, 1777, cfr. págs. 27, 74, 77-79 y 596-7.

27. MUÑOZ TORRAO, ANTONIO: *La iglesia de Sevilla en el siglo XIII*, Sevilla, 1914, 26 y sigs.

28. Carta de Fernando III a Don Pelay Correa, Jaén, 13-IV-1246. Arch. Hco. Nac., Alhange, sala VI, caj. 11, Uclés. (Ref. apud BALLESTEROS: *Historia de España*, III, 9, y cap. 1, 146, nota 53).

29. ORTIZ DE ZÚÑIGA, DIEGO: *Anales eclesiásticos y seculares de Sevilla*, 1.ª ed., Madrid, 1677, año 1248, 5. RIBEIRO: *Últimas conquistas*, en PERES: *Historia de Portugal*, II, 256.

al reino de León. A ellos añadía poco después (20-mayo-1248) la concesión de Montemolín y sus términos<sup>30</sup>, en la ladera norte de Sierra Morena.

Ocupados, pues, por Castilla el bastión oriental de Sierra Morena y las cumbres del sector central inmediatas a Córdoba, cedidas por los moros a San Fernando mediante pactos las serranías de Reina y de Constantina, y ocupado por Portugal el saliente de más acá del Guadiana constituido por Serpa y Moura, quedaba en situación tensa e indefinida el núcleo de Aroche y Aracena, prolongación natural de las sierras sevillanas de Cazalla y del Almadén, y zona que —naturalmente— pronto será incluida por el monarca castellano en el alfoz de Sevilla.

Hemos visto un poco más arriba un testimonio inseguro de que aquellos pueblos hubiesen sido reconquistados por Sancho II de Portugal (1230-33) a la vez que Moura y Serpa. Lo hemos considerado improbable.

De todos modos, su seguridad militar sería en extremo lábil, como una verdadera «tierra de nadie». Al N. tenían la presión de las vanguardias leonesas, al E. el empuje de la zona serrana sometida a la Sevilla reconquistada, y al W. el de las avanzadillas de las Ordenes militares de Portugal. En suma, una situación inestable, que no podía prolongarse.

En efecto, cuando Sancho II de Portugal murió destronado en Toledo (1248) y su hermano el hasta entonces conde de Bolonia se afianzó en la Corona, quedaba terminada la transitoria inferioridad lusitana, que había conducido a la renuncia de 1246 al Algarbe. El nuevo monarca Alfonso III, tan pronto consolidó su poder, acudió con rapidez a terminar la reconquista de la zona meridional algarbía, donde ocupó Faro (mayo-1249), y en seguida Albufeira, Porches y otros lugares, así como al año siguiente (1250) Ayamonte, Cacella y Tavira. Con ello <sup>31</sup> «Portugal attingia, emfim, pelo meio-dia os seus límites naturaes, a orla do mar...».

30. ORTIZ DE ZÚÑIGA: *Anales*, año 1248. Cfr. MUÑOZ TORRADO: *La iglesia de Sevilla*, 35.

31. HERCULANO: *Historia de Portugal*, III, 7-9.

Para Portugal era ya tarde para pensar en Sevilla, que mientras tanto había sido conquistada por Fernando III, incluso con ayuda de caballeros portugueses que quedaron en Andalucía fieles al recuerdo de Sancho II y mal avenidos con el conde de Bolonia, pero el ya monarca lusitano quiso también afianzar en la Sierra las avanzadillas que en el reinado anterior había conseguido su reino. Las fuentes locales españolas<sup>32</sup> hablan de que, a tal efecto, entró por segunda vez en Aroche y Aracena. Pero el mejor cronista de los hechos<sup>33</sup> piensa que la reconquista de ambos lugares fue entonces (1251) realizada por vez primera por Alfonso III, sin referencia ninguna a aquella otra supuesta ocupación anterior que se dice hecha por los Hospitalarios, en tiempo de Sancho II, junto con las de Moura y Serpa. Es lo que me parece más verosímil, a más de tener a su favor el testimonio histórico más digno de crédito.

---

32. Cfr. AMADOR DE LOS RÍOS: *Huelva*, 443, quizás inspirado en ORTIZ DE ZÚÑIGA. Lo mismo afirma MONDÉJAR: *Memorias*, 94, y lo acepta GONZÁLEZ: *Repartimiento*, I, 86. HERCULANO: *Historia de Portugal*, III, 16-17, no habla para nada de una segunda entrada portuguesa en ambas villas. En cambio RIBEIRO: *Últimas conquistas*, en PERES: *Historia de Portugal*, II, 259, citando de un modo muy vago como fuente la «inscripção do mosteiro do Marmelal», se limita a decir que ambas localidades habían sido tomadas por los Hospitalarios y entregadas a Alfonso II.

33. BRANDÃO: *Monarchia Lusitana*, IV, libro XV, cap. XII, fols. 192-93.

### III. FLEXION DE LA FRONTERA EN LA SIERRA MORENA SEVILLANA

En aquellas mismas fechas en que el reino portugués avanzaba su punta de flecha serrana hacia la capital del Guadalquivir, el Rey Santo se acercaba en Sevilla al final de sus días. Pero en su nombre su hijo y heredero el infante Don Alfonso mantenía relaciones amistosas con el reyezuelo de Niebla, que desde el punto de vista musulmán era soberano teórico de todo el Occidente de Al-Andalus, incluida la región algarbía hasta Sagres.

Suyos, pues, eran los territorios del sur portugués que entonces había ocupado el monarca lusitano. Y el rey de Niebla, en trance de perderlos, los cedió formalmente al infante de Castilla<sup>34</sup>. Comienza así la llamada «cuestión del Algarbe» que enfrentó a las Coronas de Castilla y de Portugal<sup>35</sup>. Con este problema estará, en adelante, estrechamente ligado el largo forcejeo —que durará tres siglos— por la frontera en la Sierra de Aracena.

Su desarrollo y aún su problemática concreta no han sido estudiados nunca de modo satisfactorio, hasta hace poco.

Sus hitos principales son los siguientes:

1253. Paces entre Alfonso el Sabio y Alfonso III, logradas gracias a la intervención de los legados del papa Inocencio IV.

---

34. BRANDÃO: *Monarchia Lusitana*, IV, lib. XVI, cap. IV, fol. 8, que acepta el testimonio de ZURITA.

35. Cfr. PÉREZ-EMBIÓ: *La frontera entre los reinos de Sevilla y Portugal*, trabajo al cual el presente discurso es una introducción.

El rey de Castilla obtiene el usufructo del señorío del Algarbe y de las plazas al este del Guadiana, hasta que su hija Doña Beatriz, reina consorte de Portugal, tuviese un hijo de siete años de edad. Alfonso el Sabio cedió el Algarbe a su hija, en feudo, como dote, pero no las plazas del oriente del río, por lo cual Alfonso III devolvió al menos legalmente a su suegro las villas de Aroche y Aracena, ocupadas dos años antes.

En aquel mismo año, al señalar los territorios concedidos a Sevilla como alfoz, Alfonso el Sabio incluye en uno de los privilegios que a ello dedicó todas las comarcas del norte, es decir, el Aljarafe, la Ribera y la Sierra, incluyendo por supuesto Aroche, Aracena, Moura y Serpa, si bien pronto fue necesario mutilar esa concesión, justamente en la zona más lejana, la de Serpa y Moura, concedidas a los Hospitalarios (1259). Probablemente era un reconocimiento de la situación de hecho.

Por su parte el rey de Portugal, enfriadas las buenas relaciones con su suegro, aplazó la entrega de las otras dos villas serranas, e incluso inició en la comarca una política de repoblación, para lo cual dio a Aroche (1255) el fuero de Elvas.

1263. Por acuerdo firmado en junio, Alfonso el Sabio cede a su nieto D. Dionís, heredero de Portugal, el señorío de la provincia disputada, conservando sólo «ad vitam» algunas regalías y dejando con guarniciones portuguesas los castillos del Algarbe, si bien reteniendo para Castilla los del oriente del Guadiana.

1267. Tratado de Badajoz. En la emoción del inminente estado de guerra con los Benimerines, y previa visita del nieto niño D. Dionís a Sevilla, Alfonso X cede al monarca lusitano todos los derechos que aún pudiera alegar sobre el Algarbe, a la vez que de Alfonso III obtiene Aroche y Aracena. «E nos, Reyes sobredichos, partimos los reinos de Portugal e de León, assi como entra Caia en Goadiana, e Guadiana como se va por la vena al mar». Es decir, la frontera de Portugal con León y Castilla en Sierra Morena queda establecida por los cursos fluviales del Caya y del Guadiana. Parece que es ahora cuando se realizaría efectivamente la entrega al Rey Sabio de



Aracena y Aroche, que habrían permanecido portuguesas desde 1251 a 1267.

Quedaba, pues, redondeada para la Corona de Castilla y León la reconquista efectiva de Andalucía, hasta los límites fronterizos que han continuado hasta hoy. Con las ya conseguidas ocupaciones de Niebla (1262) y Cádiz (1262), todo el valle del Guadalquivir y sus cumbres serranas habían obtenido la que había de ser su definitiva situación política.

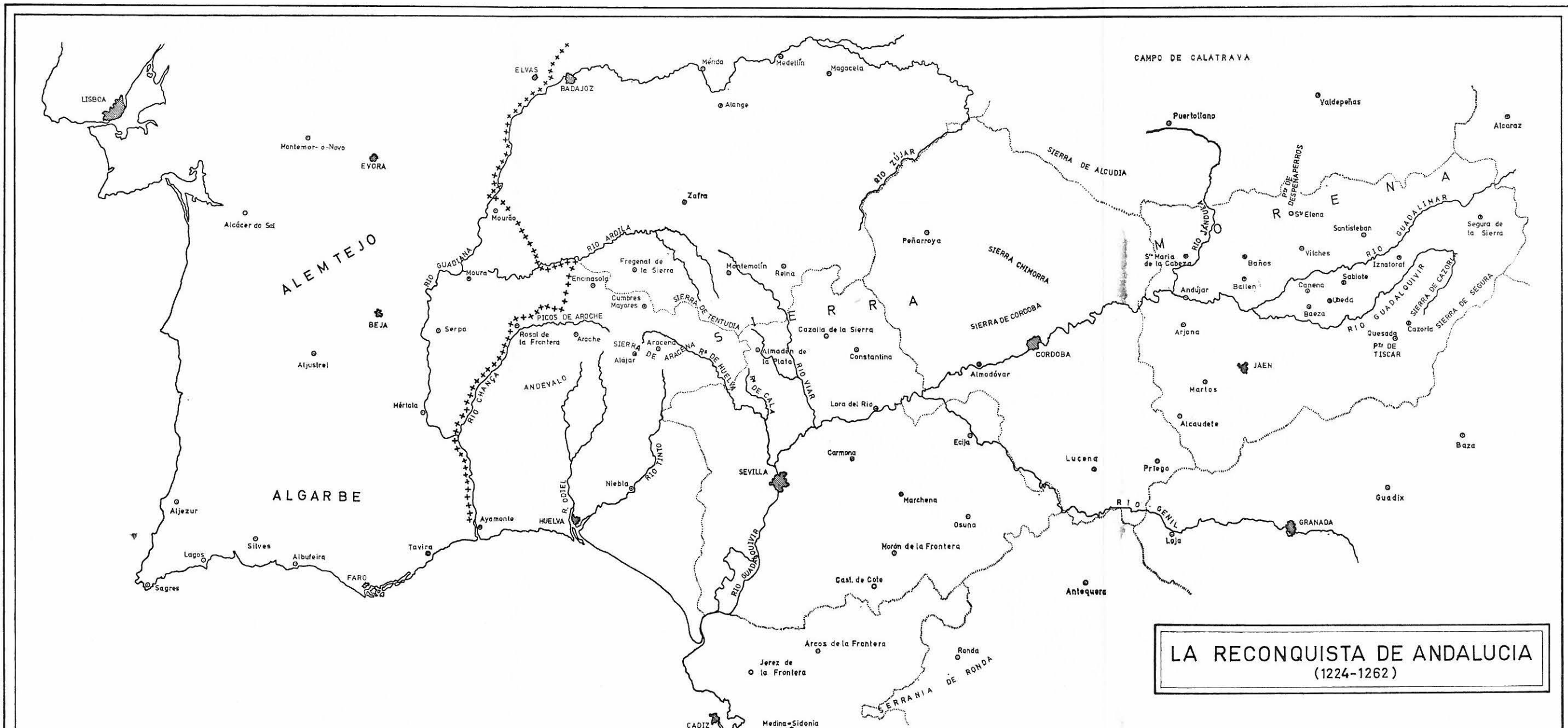
Las tensiones fronterizas y aún los amagos de modificación del «statu quo» continuaron, de todos modos, hasta fin de siglo, y las discusiones de límites hasta mediados del XVI. El momento de máximo peligro iba a ser la minoridad de Fernando IV, cuyo tío y tutor y «guarda de los reinos» el infante D. Enrique cedió a D. Dionís, el gran monarca lusitano, las villas de Moura y Serpa (1295) y prometió cederle también las otras dos villas serranas. Pero dos años después el tratado de Alcañices (1297), a cambio de otras concesiones, retuvo para los reinos de León y Castilla la plaza de Ayamonte y las dos villas de Aroche y Aracena.

\* \* \*

Tierras de Sevilla han sido pacíficamente desde entonces. De derecho, hasta que el Estado liberal implantó la decimonónica división en provincias, tantas veces artificiales para muchas comarcas españolas. Siempre lo han sido de hecho, por razones de gravitación socioeconómica, de facilidad de comunicaciones, de vinculación afectiva y humana.

Un modesto símbolo de esta verdad histórica es mi propia vida. De uno de esos rincones de la Sierra sevillana vine yo para siempre a nuestra ciudad hace ahora cuarenta años. Sevillano me he sentido desde que allí nací, y mucho más desde que a los diez y seis años me vine a estudiar a Sevilla. En suma, sevillano he sido y soy —y ese es mi orgullo y mi alegría— por la fuerza de la geografía y de la historia, y también —permitidme decirlo una vez más— por mi libre elección.

Muchas gracias.



LA RECONQUISTA DE ANDALUCIA  
(1224-1262)